



*I love you,
oppa*

OLGA SALAR

¿Qué fue lo que sucedió entre Anthea y Junseo antes de *Saranghae, oppa*? ¿Por qué Anthea le guardaba tanto rencor cuando volvió a encontrarse con él?

Si quieres conocer de primera mano lo que sucedió entre ellos en la universidad, no te pierdas *I love you, oppa* donde te reencontrarás con unos jóvenes Anthea y Junseo, y descubrirás los motivos que hicieron que Anthea regresar a Corea antes de lo esperado.

El amor nace de un flechazo. La amistad del intercambio frecuente y prolongado.

(Octavio Paz)

La peor forma de extrañar a alguien es estar sentado a su lado y saber que nunca lo podrás tener.

(Gabriel García Márquez)

*Universidad de Yale (EE. UU. Connecticut)
Primer año.*

No era la primera vez que Anthea estudiaba lejos de su país, aunque sí que era la primera ocasión que lo hacía lejos de su hermano mellizo. La primera vez que no cohabitaban el mismo espacio.

Desde su nacimiento Gabe había sido la única constante en su vida. Sus padres siempre habían estado ahí, pero el trabajo de su padre y la distancia que les separaba, desde que los mellizos comenzaron sus estudios en Londres, accediendo con ello a su herencia europea; había hecho que la única persona que siempre estuvo a su lado fuera Gabe. No obstante, al llegar a la universidad las cosas habían cambiado, mientras que Anthea había postulado para Yale, Gabe había escogido la universidad de Brown, que, aunque no quedaba muy lejos una de la otra, las obligaciones propias de cualquier estudiante y la lejanía fueron lo suficientemente amplias como para que no pudieran verse a diario, como estaban acostumbrados.

Anthea nunca había querido profundizar mucho en el pensamiento, pero una parte de ella estaba convencida que su interés por Yale iba más allá del académico, siendo su propio reto de madurez. Necesitaba demostrarse a sí misma que era capaz de forjarse un futuro lejos de la excesiva protección de su hermano, mayor por solo siete minutos, aunque para él fuera tiempo suficiente como para erigirse como tal.

Fuera como fuera Anthea estaba encantada con su elección. Yale era no solo una universidad de calidad, sino que desde el primer instante en que puso su pie en sus

instalaciones supo que había llegado al lugar indicado. De hecho, fue en su primer día como universitaria cuando conoció a Moon Junseo, en la clase de estadística y, aunque no estudiaban la misma carrera, ambos habían coincidido en varias clases más, lo que había aliviado un poco la preocupación de Anthea sobre ser incapaz de hacer amigos sin la contante presencia de su hermano.

Conocer a la que durante cuatro años sería su mejor amiga sucedió durante su segunda semana de clases. La suerte hizo que Anthea conociera a Kim Mi Rae, y que su conexión fuera tan inmediata que decidieron solicitar un cambio y mudarse juntas a un apartamento a escasos minutos del campus. Tras Mi Rae y Junseo llegaron nuevas amistades que, si bien, no consiguieron que dejara de echar de menos el constante apoyo de su hermano, sí que lograron mitigar su ausencia.

Sorprendentemente tanto Kim Mi Rae como Moon Junseo eran nacidos en Corea. Y es que si bien encontrar a un asiático en EE. UU. no era un hecho extraño, encontrar a un sur coreano de Seúl con el que compartir, sin saberlo, amistades y aficiones, era cuanto menos un hecho épico. Ni siquiera Kim Mi Rae y ella tenían tantas cosas en común como las que la unían a Junseo. Su amiga era de Busan por lo que desconocía lo maravillosa que era la comida de Gwangjang Market y lo geniales que se veían los fuegos artificiales en el río Han.

Por otro lado, tampoco disfrutaba de las series fantásticas a las que Anthea se había aficionado durante sus años de secundaria en Reino Unido, por lo que era de agradecer que pudiera contar con Junseo para hacer un maratón de *Doctor Who*, e incluso para ir al cine y no tener que ver una algún drama taquillero, o para asistir a recitales de poesía y música menos comercial.

De algún modo, Junseo había sido capaz de suplir la compañía y la complicidad que antes había compartido con Gabe, sin que su relación rozara lo fraternal.

Por otro lado, no era que dicha complicidad ya no la siguiera compartiendo con su hermano, era cuestión de cercanía. Gabe seguía siendo un pilar en su vida solo que ya no podía estar con él cada día, sino que sus visitas se habían limitado a un día de la semana. Los domingos se habían convertido en sagrados entre los dos. Pasaban el día juntos y terminaban la jornada cenando en su local favorito, mientras decidían qué era lo que iban a hacer la próxima semana cuando se encontraran.

Fuera como fuera, la amistad entre Anthea y Junseo se había vuelto tan cercana que los límites de esta se desdibujaron, al menos para ella...

Tampoco ayudaba que él fuera tan atractivo y atento con la castaña. ¿Qué amigo al que prácticamente acababas de conocer recordaba tu cumpleaños y te organizaba una noche temática con la primera temporada completa de *Misfits* y *crumpets*^[1] para amenizar la tarde?

Incluso lo había organizado la tarde noche anterior a su cumpleaños porque sabía que ese día lo pasaría con Gabe, como había hecho cada año.

Como era de esperar su amistad fue subiendo de intensidad con cada hora, día y año que compartieron...

Capítulo 1

New Haven, Universidad de Yale

Ese domingo a la habitual cena semanal con Gabe se les había unido Mi Rae. Anthea la había invitado en ocasiones anteriores, con la idea en mente de que su hermano y su mejor amiga congeniaran, pero por alguna razón que no llegaba a comprender, ya que eran perfectos el uno para el otro; su relación, aunque buena, no tenía pinta de pasar a algo más intenso que la amistad. De hecho, rara era la vez que Mi Rae aceptaba cenar con ellos. Con el curso a punto de finalizar Anthea podía contar con los dedos de una mano las veces en las que su amiga había compartido mesa con ellos.

En cualquier caso, Anthea no era de las que se rendía por lo que seguía insistiendo en que Mi Rae se les uniera cada domingo con la esperanza de que en algún momento saltara la chispa. Lamentablemente sus buenas intenciones no habían sido suficientes para hacer que las cosas funcionaran. Aun así, todavía disponía de tiempo para lograr su objetivo, ni Gabe ni Mi Rae salían con nadie y contaba con tres cursos por delante para lograr sus objetivos.

A pesar de su interés, todos sus buenos propósitos quedaron en eclipsados cuando su teléfono comenzó a sonar dentro de su bolso. Ni siquiera tenía que sacarlo pa-

ra saber quién era la persona que llamaba ya que la melodía del *Sherlock Holmes* de la BBC que sonaba era exclusiva para él.

—¿Es Junseo? —preguntó Mi Rae con una sonrisita traviesa. Desviar el tema hacia el chico que le gustaba a su amiga era el mejor modo de escapar de los intentos de esta de tratar de juntarla con su hermano mellizo. La llamada de Junseo era perfecta para virar el interés de Anthea hacia temas menos comprometidos para ella y para Gabe. La aparición de Junseo había llegado en el momento oportuno para evitar situaciones incómodas y, al mismo tiempo, lograr captar la atención de Gabe, quien se centraría en su hermana, evitando con ello que creyera que Mi Rae estaba de acuerdo con los evidentes intentos de Anthea de juntarlos.

Tal y como Mi Rae había esperado Gabe miró confundido a su hermana con un interrogante en la mirada. La morena no se sintió culpable, ni siquiera cuando vio que su mejor amiga enrojeció y nerviosa salió del restaurante con el teléfono en la mano.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Gabe a Mi Rae.

—Nada. ¿Por qué lo preguntas? —respondió con fingida inocencia.

Su plan de evitar el ansia casamentera de Anthea había funcionado, por lo que en esos momentos solo restaba actuar como una auténtica mejor amiga y cubrir el enamoramiento de esta ante su hermano. Después de todo Anthea y Junseo solo eran amigos, no había nada entre ellos digno de mención. Y Gabe era demasiado protector como para no intervenir si se enteraba de que era el interés romántico de su hermana. De saber que a su hermana le gustaba un chico lo habría acorralado para lanzarle una lista de preguntas previamente elaborada por él que sirviera para determinar si el tipo en cuestión era o no digno de su melliza.

–¿Por qué tengo la sensación de que me estáis ocultando algo?

–Porque eres un malpensado –zanjó Mi Rae sin darle opción a continuar con el tema.

Anthea descolgó el teléfono en cuanto estuvo lo bastante lejos de su hermano y su amiga. Normalmente Junseo no la llamaba los domingos ya que sabía que ese día lo pasaba con Gabe por lo que debía de haber sucedido algo importante para que lo hiciera.

–Hola ¿va todo bien? –inquirió preocupada.

Escuchó su risa al otro lado de la línea telefónica.

–¿Por qué habría de ir mal?

–Porque no sueles llamarme los domingos.

–¡Oh! Supongo que tienes razón. No lo hago.

Anthea se rio quedamente.

–¿Entonces?

–¡Nada! No me acordaba que estabas con tu hermano.

¡Perdona!

–No importa. Dime para qué me llamaste.

Junseo volvió a reír.

–Estás convencida de que debe de haber un motivo. Como si nunca te llamara solo para hablar.

Anthea no se dejó engañar.

–¡Dispara!

Se escuchó un suspiro resignado antes de que Junseo hablara por fin.

–Jacob me ha pasado una película que teníamos en la lista de pendientes y había pensado en que la viéramos esta noche.

–¿Qué película es?

–Podemos verla mañana –ofreció sin responder, consciente de las ganas que esta tenía de verla.

–Debe de ser una de las principales si no me dices su nombre –protestó.

–*El mago de Oz*, la versión de 1939 –dijo finalmente.

–Iré a tu casa cuando Gabe se marche –anunció muy seria.

–No quiero que salgas sola tan tarde –dijo con evidente preocupación–, además, si la empezamos cuando tu hermano se marche se hará muy tarde. No podremos verla entera, a no ser...

–¿A no ser?

–Iré a recogerte. Avísame cuando tu hermano se marche y prepara ropa para quedarte aquí a pasar la noche. Así no tendrás que volver a casa y podremos terminarla hoy mismo.

–¿Quieres que duerma en tu casa?

–¿Hay algún problema? Prometo dejarte la cama –bromeó–, yo me quedaré con el sofá.

–Eso es muy generoso de tu parte –siguió Anthea con la broma.

–Soy un caballero y tú eres una de mis mejores amigas. Es lo menos que puedo hacer.

La respuesta que no se esperaba la calló unos segundos antes de ser capaz de soltar unas risitas falsas y despedirse de él con fingido buen humor.

Se tomó unos minutos después de colgar para entrar de nuevo en el restaurante y en esa ocasión no tuvo nada que ver con su afán de juntar su hermano y a su amiga. En esos instantes no podía importarle menos que ellos estuvieran a solas en el restaurante. Lo único en lo que podía pensar era en el hecho de que Junseo le había puesto la etiqueta de mejor amiga sin titubear.

Suspiró y se masajeó las sienes para calmarse y tratar de pensar las cosas con calma. Si todavía tenía esperanzas con Gabe y Mi Rae, ¿por qué no iba a tenerlas con su propia historia? Después de todo, aún disponía de tiempo y no había duda de que también tenía motivación.

–¡No te rindas! –se instó a sí misma–. Puedes conseguir cualquier cosa que te propongas –se animó.

–Por supuesto que puedes –corroboró una voz tras ella.

Anthea dio un respingo y se dio la vuelta para toparse con Mi Rae, quien sin decir nada ni preguntar se acercó a ella y le dio un abrazo de consuelo.

–Excepto hacer que me guste tu hermano –dijo tratando de hacerla reír.

–Eso ya lo veremos.

Capítulo 2

*Universidad de Yale
Último año académico.*

Anthea se hundió en su silla de la biblioteca donde había ido tratando de aislarse de todo y centrarse en el estudio. Los exámenes estaban cada día más cerca y la materia se acumulaba con cada clase, por lo que ahogó un gemido de frustración. Escuchó a Junseo reírse a su lado, de modo que se dio la vuelta para mirarle mal y fulminarle con la mirada mientras él se limitaba a componer una expresión inocente. ¿Acaso no podía permitirse estar estresada? Porque lo estaba y mucho. En primer lugar, destacaba el hecho de que en menos de dos meses llegarían los exámenes finales y la graduación, y con ello, el traslado a Londres para realizar el curso de postgrado en el que la habían aceptado. Lo que significaba otro año más lejos de su familia y más información que estudiar y retener. Aunque siendo justa lo que más le preocupaba era pasar otro año más cerca de Junseo y tener que fingir que lo suyo era una mera amistad. Y es que, al menos por su parte, no lo era. Nunca lo había sido.

Se había enamorado de él casi sin darse cuenta, y tampoco ayudaba que fuera tan atento y cariñoso con ella.

Que se comportara con Anthea como si fueran una pareja, sin la intimidación asociada, pero con el resto del paquete.

—¿Qué sucede? Y no me digas que te has trabado con algún concepto porque no te creeré —avisó muy serio.

—No soy perfecta ¿sabes? Hay cosas que no entiendo.

—Ya sé que no eres perfecta.

—No me refería a... Quería decir que no lo comprendo todo a la primera.

Junseo le lanzó una mirada de desconfianza antes de responder:

—No cambies de tema. ¿Qué te pasa? Llevas unos días rara.

Anthea se encogió de hombros.

—Supongo que me preocupa lo que tiene que venir.

—¿Puedes ser más específica?

—Los exámenes, Londres, el futuro...

Su amigo la miró sin hablar durante unos segundos que para Anthea se sintieron eternos. Después todavía sin decir nada, lo vio recoger sus cosas, guardarlas en su mochila, y cuando terminó con las suyas hizo lo propio con las de Anthea.

—¿Qué haces?

—Nos vamos.

—¿Ahora? Pero tenemos que estudiar.

Junseo no le hizo caso y tras guardarlo todo en el bolso de su amiga se levantó y se quedó esperando a que ella hiciera lo mismo. Desconcertada y llena de curiosidad siguió su ejemplo y salió tras él abandonando la biblioteca. Junseo cargaba con su bolso por lo que ni siquiera tuvo ocasión de preguntarle a dónde iban.

Una vez fuera del edificio aceptó su bolso cuando se lo tendió y se atrevió a preguntar, no obstante, no obtuvo respuesta. La sonrisa de suficiencia de su amigo le informó de que fuera donde fuera que tuviera previsto llevarla iba a guardar el secreto hasta que estuvieran allí.

–Deberíamos aprovechar el tiempo estudiando –se quejó, sin embargo, sus protestas no fueron más allá.

Se acomodó en el asiento del copiloto en el coche de Junseo y se dejó llevar. Sabía que lo único que pretendía era animarla y estaba completamente dispuesta a permitírselo. En ocasiones como esa sentía que era una especie de mendiga que sobrevivía a base de esos pequeños detalles que Junseo tenía con ella. Y lo peor de todo era que no podía evitar reaccionar a ellos, aunque una parte de Anthea supiera que él no se sentía del mismo modo en que ella se sentía por él.

La conversación fue banal mientras el moreno conducía hacia su desconocido destino. Atravesaron la ciudad para finalmente llegar a lo que parecía un pequeño restaurante en el que Anthea jamás había estado.

Dicho restaurante estaba bastante lejos del centro de la ciudad por lo que Anthea dedujo que era difícil dar con él si no sabías exactamente donde ir.

Siguió a Junseo fuera del vehículo y entró en el local tras él, asombrada con los caracteres en *hangu*[2] que anunciaban el nombre del restaurante. La publicidad colgada en las paredes era auténtica publicidad coreana lo que la hizo sonreír internamente. No queriendo mostrarle a su amigo lo mucho que la había emocionado el gesto.

La señora que regentaba el local se acercó a él con una enorme sonrisa y comenzó una conversación en coreano sobre el tiempo que hacía que no lo había visto y lo bonita que era su novia. Anthea esperó a que él negara la relación, sin embargo, no lo hizo.

Los acompañó a una de las mesas vacías y cambió de idioma para hablar con ella. Anthea se sorprendió por el gesto, pero no queriendo ser descortés le respondió en la misma lengua que la mujer había usado para hablarle.

Notó la sonrisa divertida de Junseo por lo que le lanzó una mirada fulminante y se sentó donde la mujer le indicó.

–¿Qué es esto? –preguntó cuando se quedaron a solas.

Junseo la miró con una sonrisa incrédula en los ojos.

–Justamente lo que parece –comentó–, un restaurante coreano.

–De acuerdo, eso ya lo había deducido por mí misma. La pregunta es ¿qué hacemos aquí?

–Lo típico que se hace en los restaurantes –estaba siendo condescendiente a propósito. Sabía lo mucho que le molestaba a Anthea que lo fuera, pero verla molesta era infinitamente mejor que verla deprimida.

–Muy gracioso.

–No lo pretendía. Solo quiero animarte.

–Gracias. Supongo.

–De nada –sonrió, esta vez con auténtica alegría–, no hay nada que quite más rápido el mal humor que una buena comida casera, a ser posible coreana.

Anthea le devolvió la sonrisa.

–No tengo problemas con la comida occidental –se encogió de hombros–, después de todo soy medio europea.

–Créeme. Lo sé.

Anthea le miró con una ceja arqueada.

–¿Eso qué significa? –preguntó a la defensiva.

Él alzó las manos mostrando sus palmas, en señal de rendición. No se le había escapado el tono molesto con el que había hablado.

–Tu pelo –explicó–, y tus ojos. No son precisamente los que encontrarías en una persona de padre y madre coreanos.

La respuesta en lugar de hacer que se relajara la hizo tensarse más. Se había pasado media vida respondiendo preguntas sobre el tinte que llevaba o el color de las lenti-llas que usaba. Cualquiera pensaría que había terminado por acostumbrarse, pero lo cierto era que no lo hacía.

–Sí, supongo que son mi cruz.